

EL PADRE JOSÉ DE ACOSTA, CRONISTA DE INDIAS

Francis IVANHOE

RESULTA SIEMPRE un tanto sorpresiva la constatación de ciertas limitaciones del genio español del Renacimiento y de la época inmediata posterior. España, al fin y al cabo, dominó el siglo xvi, en Europa como en las Indias, en la cultura y en las armas, de una manera hasta entonces comparable sólo con el poderío de los antiguos romanos. No es una simple coincidencia, por ejemplo, que aun los ingleses isabelinos, mortales enemigos de sus majestades católicas, se aproximaran mucho más en su temperamento al modo de ser —tradicionalmente denominado latino— de sus contemporáneos españoles que al de sus propios bisnietos victorianos. En el siglo xvi, se imitaba a España, a veces de la manera más grotesca, como hoy día se copia a Estados Unidos. Pero el inventario cultural de aquella España recién liberada de los moros no incluía ciertos elementos que en un futuro más o menos próximo resultarían ser de importancia capital en la conciencia del occidente moderno; como, por ejemplo, la Reforma religiosa, algunos aspectos de la revolución científica y filosófica. No debemos, en esta gran generalización, olvidarnos del trágico caso de Miguel Servet; pero él, inteligencia de las más adelantadas de su época, constituye la excepción gloriosa.

José de Acosta constituye más bien la regla del hombre de ideas de la España del xvi. Ciertos autores, como Carracido, o como el padre jesuita Lopetegui,¹ han traído a la luz estudios sobre la vida de nuestro historiador en los cuales se estima que Acosta fue, para el uno, gran patriarca de la ciencia natural, injustamente olvidado por ser español; y para el otro, nada menos que un bienaventurado, un verdadero santo. Afortunadamente para el historiólogo, la vida de Acosta se encuentra bien documentada: lo suficiente, por lo menos, para permitir formarse una idea menos apologética de su papel como testigo y como escritor de historia. Nació José de Acosta en 1540, en Medina del Campo, y murió en Salamanca a los 60 años de edad. Desde los 11 años hasta la muerte fue jesuita, y subió gradualmente en la jerarquía de su orden hasta ocupar cargos de considerable

autoridad administrativa; con un pequeño contratiempo, es cierto, a partir de 1591, en que capitaneó sin suerte una especie de rebelión que buscaba independizar a las congregaciones españolas, incluyendo las del Nuevo Mundo, del resto de la Compañía. Desde el principio de su larga carrera religiosa sus especialidades fueron la teología y la ley canónica: a los 27 años era profesor de teología en el colegio jesuita de Ocaña; también desempeñó este cargo en el Perú, donde, además, sirvió durante cinco años como teólogo consultante y experto en derecho canónico. De regreso a España, dedicó sus últimos años a la enseñanza de estas mismas materias; y casi todo lo que dejó escrito (*Catechismo y exposición de la doctrina Christiana, Concilium provinciale Limense celebratum in civitatem Regum, Conciones, Confesionario para los curas de Indios, De Christo Revelato, De natura Novi Orbis, De procuranda Indorum Salute, De Temporibus Novissimis*) corresponde a ellas o les está estrechamente relacionado, de lo que no se excluye en cierto modo su *Historia natural y moral de las Indias*,² conforme veremos. También como político de la Compañía tuvo Acosta actuación señalada: primero en Perú, donde ocupó el cargo de provincial por más de cinco años, y lo cedió a consecuencia de conflictos con las autoridades civiles; y luego de regreso a España, en una ocasión como procurador de la Compañía a la corte de Felipe II, en otra como jefe de la revuelta nacionalista ya mencionada. Se trata, en suma, de un digno representante de la Contrarreforma: padre jesuita, de la mediana jerarquía, consciente y orgulloso de ser español, bien enterado en teología, provincial, ortodoxo, pío, sin ambiciones de índole personal, y cuyas ideas gozaban de aceptación entre las clases gobernantes de su país.

II

LA PRIMERA pregunta que debemos hacernos para entender la obra de Acosta es, precisamente, ¿qué es para él la historia? ¿Qué cosa entendían Acosta y su público por este término? Algo ciertamente bastante distinto de lo que hoy día se aceptaría. Veamos el texto. La teoría historiográfica de Acosta referente a la aventura americana se encuentra resumida en el último capítulo de la obra, titulado “De la disposición que la Divina Providencia ordenó en Indias para la entrada de la religión cristiana en ellas”.³

Quiero... declarar la admirable traza con que Dios dispuso y preparó la entrada del Evangelio... que es mucho de considerar

para alabar y engrandecer el saber y bondad del Creador... A este tiempo juzgó el Altísimo que aquella piedra de Daniel, que quebrantó los reinos y monarquías del mundo, quebrantase también los de este otro Mundo Nuevo; y así como la ley de Cristo vino, cuando la monarquía de Roma había llegado a su cumbre, así también fué en las Indias Occidentales. Y verdaderamente fué suma providencia del Señor; porque el haber en el orbe una cabeza y un señor temporal... hizo que el Evangelio se pudiese comunicar con facilidad... Y lo mismo sucedió en las Indias... Y eso mismo es traza de Dios... que haya mercaderes y soldados que con el calor de la codicia y el mando, busquen y hallen nuevas gentes donde pasemos con nuestra mercadería; pues como San Agustín dice, la profecía de Esaías se cumplió en dilatarse la Iglesia de Cristo no sólo a la diestra, sino también a la siniestra... Fué también gran providencia del Señor, que cuando fueron los primeros españoles, hallaron ayuda en los mismos indios, por haber parcialidades y grandes divisiones. En el Pirú... Atahualpa y Guascar... En la Nueva España... Tlascalala... Atribúyase la gloria a quien se debe, que es principalmente a Dios y a su admirable disposición... Fué también... ayuda... la gran sujeción que tuvieron a sus reyes... y... al demonio y sus tiranías, y yugo tan pesado, fué excelente disposición de la Divina Sabiduría, que de los mismos males se aprovecha para bienes... Finalmente, quiso nuestro Dios... hacer que los mismos demonios... diesen a su pesar testimonio de la venida de la verdadera Ley... de Cristo y... de su cruz, como por los anuncios, y profecías y prodigios.

En relación ya no con la Conquista propiamente dicha, sino con el descubrimiento de América, opina de manera parecida sobre el incidente del piloto anónimo y Colón:⁴

cuando aquel marinero (cuyo nombre aún no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya a otro autor que Dios) ... dejó por paga del buen hospedaje... la noticia de cosa tan grande

y remata el capítulo diciendo⁵

Las más de las yerbas saludables, las más de las piedras, las plantas, los metales, las perlas, el oro, el imán, el ámbar, el diamante y las demás cosas semejantes, y así sus propiedades y provechos, cierto más se han venido a saber por casuales acontecimientos, que no por arte e industria de hombres; para que se vea que el loor y gloria de tales maravillas se debe a la providencia del Creador y no al ingenio de los hombres. Porque lo que a nuestro parecer sucede acaso, eso mismo lo ordena Dios muy sobre pensado.

La evidencia textual nos permite aseverar, pues, que para Acosta la historia es la *mise-en-scène* del gran drama de la salvación de la humanidad por el supremo sacrificio de Cristo en la cruz —en América igual que en Europa— por la infinita gracia de Dios. Se trata nada más nada menos que de la tesis providencialista propuesta originalmente por Agustín de Hipona en el siglo v; reiterada por su discípulo Orosio; ligeramente modificada por Anselmo en el siglo xi; y presentada en su nueva forma doctrinal inmejorable por Tomás de Aquino en el xiii.

Todo lo que hace Acosta, en efecto, es aplicar esta tradición historiográfica al Nuevo Mundo, y lo hace con gran habilidad y conocimiento de causa. El universalismo de nuestro cronista, por ejemplo, a primera vista parece un elemento nuevo en su amplio desarrollo; pero, en realidad, para Acosta, como para sus antecesores, toda la creación es una sola urdimbre; lejos de ser novedoso, este universalismo desafortunado del historiador jesuita es una necesidad lógica que se desprende de la vieja premisa providencial.

Otro detalle típicamente medieval de Acosta es su jerarquización de la realidad. Su obra, de hecho, está estructurada por niveles de existencia perfectamente lógicos en la *Weltanschauung* cristiana: de lo más general a lo más específico, de lo más lejos de la Divinidad a lo más cerca; de la nada a la existencia, de lo inanimado a lo animado, de lo animado a la planta, de la planta al animal, del animal al hombre, del hombre a Dios. Así pues, su Libro i aborda el cosmos —sistema del universo, geografía del globo, origen de la vida y de los hombres— y enfoca la presentación, como siempre, específicamente al Nuevo Mundo. El Libro ii se refiere a la Tórrida, es decir, la zona ecuatorial del planeta, y en particular al clima de América. El Libro iii habla de los cuatro elementos del Nuevo Mundo, cuyas manifestaciones se estiman palpablemente similares a las del Viejo: vientos (aire); mares, ríos y lagunas (agua); continentes e islas (tierra); volcanes y temblores (fuego). Luego se discuten los metales, las plantas y los animales de América en el Libro iv. Los Libros v y vi, finalmente, tratan del hombre americano desde un punto de vista general, de “antropólogo cultural” diríamos hoy. El Libro vii —que transcribe en gran parte la fuente Tovar-Durán—, también se refiere al hombre, pero presentándolo ahora —específicamente al mexicano— como sujeto de la historia. El orden jerárquico tomista de la obra, derivado de Aristóteles con ligeras modificaciones, salta a la vista.

Es importante insistir, sin embargo, que tal estructuración lógica del universo y de la historia no implica, para Acosta, la

imposibilidad de interferencias divinas a cada paso. Alguien ha dicho que no ha habido milagros en Occidente después del XII. Acosta estaría en total desacuerdo con este parecer. Nuestro autor cree fervorosamente en los milagros:⁶

Las relaciones de los españoles y las de los indios concuerdan en que aquí les libró Nuestro Señor por milagro, defendiéndoles la Madre de Misericordia y Reina del Cielo, María, maravillosamente en un cerrillo donde a tres leguas de México está el día de hoy fundada una iglesia en memoria de esto . . .

e insiste un poco adelante:⁷

Sucedieron en esta conquista de México muchas cosas maravillosas, y no tengo por mentira ni por encarecimiento, lo que dicen los que escriben, que favoreció Dios el negocio de los españoles con muchos milagros, y sin el favor del cielo era imposible vencerse tantas dificultades y allanarse toda la tierra al mando de tan pocos hombres . . . bien de tantos millares de almas como de aquellas naciones tenía el Señor predestinadas, requería que para la mudanza que vemos, se pusiesen medios sobrenaturales.

El penúltimo capítulo de la obra menciona, detalladamente, visiones:⁸

Por relaciones de muchos y por historias que hay, se sabe de cierto que en diversas batallas que los españoles, así en la Nueva España como en el Pirú, vieron los indios contrarios, en el aire, un caballero con la espada en la mano, en un caballo blanco, peleando por los españoles . . . glorioso Apóstol Santiago. Otras veces vieron en tales conflictos la imagen de Nuestra Señora.

En un capítulo anterior, "De los presagios y prodigios extraños que acaecieron en México, antes de fenecerse su imperio", que reúne las bien conocidas anécdotas sobre el cometa, el pájaro con cabeza de espejo, etc., encontramos estas palabras:⁹

El mismo Señor de los cielos y de la tierra, ordena semejantes extrañezas y novedades en el cielo y elementos animales, y otras criaturas suyas, para que en parte sean aviso a los hombres, y en parte principio de castigo con el temor y espanto que ponen.

La estructuración lógica cristiana del universo tampoco excluye, para Acosta, al Demonio (Mefistófeles de carne y hueso);

dice nuestro autor de su presencia física en el Nuevo Mundo, entre otras cosas, refiriéndose a veces a México:¹⁰

Y es así en efecto de verdad, que en muchas de estas guacas o ídolos, el demonio hablaba o respondía . . . ordinariamente era de noche, y entraban las espaldas vueltas al ídolo . . . poníanse en una postura fea . . . La respuesta de ordinario era una manera de silvo temeroso, o con un chillido

a veces al Perú:¹¹

Señaladamente hubo un género de hechiceros entre aquellos indios, permitido por los reyes ingas, que son como brujos y toman la figura que quieren, y van por el aire . . . y ven lo que pasa, hablan con el demonio, el cual les responde en ciertas piedras o en otras cosas que ellos veneran mucho.

Otra característica historiográfica medieval de Acosta es su aceptación consciente y humilde de la condición de eterna ignorancia sobre hechos fundamentales a que se encuentra atado. Lo dice muy bien en un comentario relacionado con su teoría de los vientos (ésta, por cierto, termina dejando más por explicar que explicado) :¹²

El espíritu o viento sopla donde le parece, y bien que sientes su sopolo, mas no sabes de donde procedió ni adonde ha de llegar. Para que entendamos que entendiendo tan poco en cosa que tan presente y cotidiana nos es, no hemos de presumir de comprender lo que tan alto y tan oculto es, como las causas y motivos del Espíritu Santo. Bástanos conocer sus operaciones y efectos, que en su grandeza y pureza se nos descubre bastante.

La historia, el plan de Dios, es y siempre será un plan secreto, hasta el fin del mundo y el Juicio Final, cuando todas sus aparentes contradicciones se entenderán.

Estrechamente relacionadas con la pregunta fundamental se encuentran otras dos cuestiones: a) ¿Qué es verdad histórica para Acosta? y b) ¿Qué objetividad histórica hay en su obra? Para nuestro historiador, lo que da valor real a un acontecimiento en el pasado de un pueblo es el lugar que ocupa en el plan de Dios: Dios es su única verdad; verdad, acabamos de ver, hermética e inescrutable; verdad de fe, verdad cristiana. La lectura de Acosta deja la impresión, por ejemplo, de que los milagros fueron más importantes en la Conquista que las victorias

militares de sus compatriotas. Desde nuestro punto de vista actual, esto demostraría una falta total de objetividad, pero no así dentro del *Weltanschauung* consistentemente cristiano de nuestro historiador.

Podemos abordar ahora nuestra segunda pregunta clave: ¿Quién es, para Acosta y su público, el sujeto de la historia? El hombre, desde luego. Toda historia se dedica a conocer el pasado del hombre, concebido de maneras distintas según las diferentes culturas y tiempos, a un extremo el autor único de sus glorias o fracasos, al otro títere o culminación de un plan trascendental; pero del hombre se trata siempre. Para Acosta, acabamos de demostrar, la historia es el drama de la salvación del hombre: Dios escribió el libreto, pero al hombre le toca representarlo, y a los pueblos gentiles en particular.

En el Nuevo Mundo del siglo xvi, el protagonista de la historia en sentido cristiano medieval es el autóctono pagano. Desde el principio, Acosta acepta al indio en un plan de igualdad con los antiguos ídólatras europeos.¹³

Si alguno se maravillare de algunos ritos y costumbres de indios, y los despreciare por incipientes y necios, o los detestare por inhumanos o diabólicos, mire que en los griegos y romanos que mandaron el mundo, se hallan o los mismos u otros semejantes, y a veces peores.

y de su humanidad esencial —mexicanos, peruanos y otros— nuestro autor no tiene el menor asomo de duda:¹⁴

nos enseñan las Divinas Letras que todos los hombres del mundo descenden del primer hombre, que fué Adán . . . hombres, que son a imagen de Dios y fueron criados para gozar de Dios.

En el capítulo “Que en los indios hay algún conocimiento de Dios”, dice nuestro autor:¹⁵

aunque las tinieblas de la infidelidad tienen escurecido el entendimiento de aquellas naciones, pero en muchas cosas no deja la luz de la verdad y razón algún tanto de obrar en ellos; y así comúnmente sienten y confiesan un Supremo Señor . . . que es creador del cielo y tierra . . . Y lo mismo . . . en su modo en los de México.

y afirma, además, que “los mismos indios estaban cansados y no podían sufrir las crueldades de sus dioses”.¹⁶

No creas, padre que tomamos la ley de Cristo tan inconsideradamente como dices porque te hago saber que estábamos ya tan cansados y descontentos con las cosas que los ídolos nos mandaban que habíamos tratado de dejarlos y tomar otra ley. Y como la que vosotros nos predicasteis nos pareció que no tenía crueldades y que era muy a nuestro propósito y tan justa y buena entendimos que era la verdadera ley, y así la recibimos con gran voluntad.

Con estas observaciones queda establecido, para Acosta, el punto fundamental de que el indio tiene no sólo alma inmortal, sino también religiosidad natural, entera e intacta. Cualquier posible contradicción entre esta aseveración y el paganismo indiscutible de los indios se explica culpando al demonio. Hay un capítulo intitulado "Que la causa de la idolatría ha sido la soberbia y invidia del demonio". Siete capítulos del Libro v se refieren casi exclusivamente a los remedos sacrílegos de la doctrina y rituales y sacramentos de la verdadera fe por el Maligno, entre ellos la comunión, la fiesta de Corpus Christi, la confesión, el santo crisma y la unción, los bautismos, los matrimonios, las procesiones, la fiesta del jubileo, etc. Pregunta nuestro historiador retóricamente¹⁷

¿A quién no pondrá admiración que tuviese el demonio tanto cuidado de hacerse adorar y recibir al modo que Jesucristo nuestro Dios ordenó y enseñó, y como la Santa Iglesia lo acostumbra?

A todo su público, desde luego, incluyendo uno que otro antropólogo actual. Pero no debemos jamás perder de vista el verdadero significado de tal situación:¹⁸

Y aunque en muchas ceremonias parece que concurren con las nuestras, pero es muy diferente por la gran mezcla que siempre tienen de abominaciones. Lo común y general de ellas, es tener una de tres cosas, que son o crueldad, o suciedad, u ociosidad. Porque todas ellas o eran crueles o perjudiciales, como el matar hombres y derramar sangre, o eran sucias y asquerosas, como el comer y beber en nombre de sus ídolos, y con ellos a cuestras, orinar en nombre del ídolo, y el untarse y embijarse tan feamente, y otras cien mil bajezas; o por lo menos eran vanas y ridículas, y puramente ociosas, y más cosas de niños que hechos de hombres. La razón de esto es la propia condición del espíritu maligno, cuyo intento es hacer mal, provocando a homicidios o a suciedades, o por lo menos a vanidades y ocupaciones impertinentes.

Humano desde el punto de vista religioso cristiano de la redención de su alma inmortal, el indio también lo es, para Acosta, en sus otras manifestaciones físicas y espirituales. En el aspecto cultural, por ejemplo, “en sus costumbres y pulicía y gobierno,” Acosta considera que se debe¹⁹

deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos, como de gente bruta, y bestial y sin entendimiento, o tan corto que apenas merece ese nombre... Que es tan vulgar y tan pernicioso engaño, como saben bien los que con algún celo y consideración han andado entre ellos, y visto y sabido sus secretos y avisos... que pueda mejor deshacerse, que con dar a entender el orden y modo de proceder que éstos tenían cuando vivían en su ley... se deja bien comprender que tienen natural capacidad para ser bien enseñados, y aun en gran parte hacen ventaja a muchas de nuestras repúblicas

y como prueba palpable de ello cita el calendario, los glifos mayas, quipos incas, escuelas y seminarios y conventos, matemáticas, correos; organización política y económica de los imperios americanos, sus sistemas de clases, su riqueza y poderío y extensión; sus códigos jurídicos, profesiones y oficios y órdenes militares, códigos, oratoria, tradiciones orales. De hecho, cuando se trata de la habilidad aritmética de los indios, Acosta queda asombrado²⁰

Porque una cuenta muy embarazosa, en que tendrá un muy buen contador que hacer por pluma y tinta, para ver a cómo les cabe entre tantos, tanto de contribución, sacando tanto de acullá y añadiendo tanto de acá, con otras cien retartalillas, tomarán estos indios sus granos y pondrán uno aquí, tres acullá, ocho no sé dónde; pasarán un grano de aquí, trocarán tres de acullá, y en efecto ellos salen con su cuenta hecha puntualísimamente, sin errar un tilde; y mucho mejor se saben ellos... que sabremos nosotros dárselo por pluma y tinta averiguado. Si esto no es ingenio y si estos hombres son bestias, júzguelo quien quisiere, que lo que yo juzgo de cierto, es que en aquello a que se aplican nos hacen grandes ventajas.

En otro contexto opina Acosta de la organización social de los quechuas:²¹

Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan notable y pródigo gobierno, pues sin ser religiosos ni cristianos, los indios en su manera guardaban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia, y proveer a todos lo necesario, y sustentar tan copiosamente las cosas de la religión, y las de su rey y señor.

Cuando siente necesidad de mencionar algún detalle desfavorable a los indios, Acosta tiende a presentarlo bajo condiciones atenuantes, v. gr. el incesto practicado regularmente por los indios peruanos. Insiste nuestro autor que sólo las clases gobernantes ejercían esta prerrogativa que era de introducción sumamente reciente; y que de todos modos le había costado muy caro al inca la abominación²²

Y como aquel matrimonio fué ilícito y contra la ley natural, así ordenó Dios que en el fruto que de él procedió... se acabase el reino de los ingas.

Finalmente, dice Acosta refiriéndose al valor militar de los indios, criterio de gran importancia para su público del xvi, nada pacifista²³

Quien estima en poco a los indios, y juzga que con la ventaja que tienen los españoles, de sus personas y caballos, y armas ofensivas y defensivas, podrán conquistar cualquier tierra y nación de indios, mucho menos se engaña. Allí está Chile... Arauco y Tucapel... dos valles que ha más de veinte y cinco años, que con pelear cada año y hacer todo su posible, no les han podido ganar nuestros españoles cuasi un pie de tierra, porque perdido una vez el miedo a los caballos y arcabuses, y sabiendo que el español cae también con la pedrada y con la flecha, atrévense los bárbaros y éntranse por las picas... en la Nueva España... los chichimecos, que son unos pocos de indios desnudos, con sus arcos y flechas... cada día más atrevidos y desvergonzados... los chuchos y chiriguanas y pilcozones... No piense nadie que diciendo indios, ha de entender hombres tronchos; y si no, llegue y pruebe.

Estamos muy lejos del "buen salvaje", pero el protagonista de la obra de Acosta que venimos analizando —el indio pagano de América— es declarado hombre en todas las acepciones y extensiones de esta palabra y digno sujeto de historia cristiana.

La tercera pregunta historiológica importante que debemos hacer sería: ¿Cómo se mueve la historia para Acosta?; o, más específicamente: ¿Por cuál mecanismo se desarrolla en el Nuevo Mundo el drama de salvación del indio? Ésta no la contesta directamente nuestro autor, por limitaciones de tema que él mismo se impone:²⁴

No es de mi propósito escribir ahora lo que los españoles hicieron en aquellas partes, que en eso hay hartos libros escritos, ni tampoco

lo que siervos del Señor han trabajado y fructificado, porque eso requiere otra nueva diligencia; sólo me contentaré con poner esta historia o relación a las puertas del Evangelio

y las consecuencias de este proceder para la dinámica de la crónica no pueden despreciarse. Es del conocimiento común que la historia cristiana medieval, el modelo de Acosta, se mueve por un proceso netamente dialéctico: Dios-demonio-paraíso, bien-mal-gracia, inocencia-pecado-misericordia, gloria-castigo-salvación. Pero la obra del jesuita resulta una especie de trozo de literatura que no se mueve — declamación, sermón, homilía, sí; pero completamente estática.

Relacionada con esta pregunta está la cuestión de la regularidad de la historia y la posible existencia de leyes históricas —leyes en el sentido estricto racionalista. Acosta no refiere el punto en particular, pero podemos afirmar que no hay tal tipo de normas en su visión. Hay plan divino, sí —incomprensible en su desarrollo—, y hay progreso de la humanidad —por el método cataclísmico que acabamos de aducir— hacia la salvación eterna y el más allá; pero el proceso histórico no es inteligible, para Acosta, en términos de leyes naturales.²⁵

¿Adónde va la historia para Acosta? Esta es la cuarta y última pregunta que nos haremos aquí, y de ella el texto y ciertas consideraciones afines facilitan una respuesta directa.

Según la tradición historiográfica seguida por Acosta, siendo el fin de todo evento humano, personal o comunal, la salvación eterna del alma inmortal, debemos buscar la meta de la historia cristiana en el mundo sobrenatural, en el ámbito metafísico: específicamente, en aquella esfera espiritual colocada por los escolásticos más allá de nuestro mundo, o en el infierno situado en el centro inaccesible de la Tierra. Es seguro —como no podía no ser— que Acosta cree en un cielo espiritual físico, cuya puerta “tan cerca está . . . de Bretaña, como de Jerusalén” y en un infierno espiritual igualmente físico, con algunas reservas sobre la naturaleza de su fuego:²⁶

pero si el infierno está, como platican los teólogos, en el centro, y la tierra tiene de diámetro más de dos mil leguas, no se puede bien asentar que salga del centro aquel fuego, cuanto más que el fuego del infierno . . . no tiene luz y abrasa incomparablemente más . . .

Otra característica de la tradición historiográfica cristiana, en su versión original agustinana, fue el milenarismo —la creen-

cia de que habría una gran convulsión apocalíptica en un futuro relativamente próximo, a la cual seguiría un mundo completamente nuevo, libre de todo error y pecado: el milenio. Esperado ansiosamente el fin del mundo en el año 500, la idea del milenarismo, en su sentido literal, dejó de ser preocupación seria a partir del año 1000. En el siglo xvi, sin embargo —por el descubrimiento de un mundo realmente nuevo, entre otras razones— cobró gran auge una variante metamorfoseada del milenarismo original, que se ha llamado utopismo. El pensamiento histórico de Acosta no está lejos de esas ideas.

Ya tuvimos ocasión de mencionar la manera elogiosa como se expresa nuestro autor en relación con la organización económica de los indios peruanos. La bondad de aquel sistema, recordemos, consistía en “no tener cosa propria, y proveer a todos lo necesario, y sustentar tan copiosamente las cosas de la religión, y las de su rey y señor.” Aseveración que está totalmente de acuerdo con el retrato que pintan Acosta y otros observadores de la sociedad inca: sistema rígido de clases y castas (divididas por ocupación y por regiones), una especie de comunismo agrícola primitivo, una teocracia militar patrilineal; y que incluía, incidentalmente, detalles como los siguientes:²⁷

la mayor riqueza de aquellos bárbaros reyes era ser sus esclavos todos sus vasallos, de cuyo trabajo gozaban a su contento... cuando conquistaba de nuevo una provincia, era su aviso luego luego pasar lo principal de los naturales a otras provincias o a su corte... y en lugar de éstos plantaba los de su nación de Cuzco...

o como las hecatombes anuales de mujeres y niños requeridas por el culto ordinario o la salud flaqueante del emperador. Y Acosta repite su elogio en otro contexto:²⁸

Así concuerdan los que alcanzaron algo de esto, que mejor gobierno para los indios no le puede haber, ni más acertado...

por lo cual no creemos que se trate de una preocupación accidental de nuestro historiador.

Ahora bien, el ideal social cristiano original era precisamente una especie de comunismo teocrático; desde luego lo menos militarista posible. Acosta estaba plenamente conciente de este sorprendente paralelismo:²⁹

el vulgo común... cada uno acudía a lo que habían menester en su casa, sin que uno pagase a otro por esto... para las cosas de su casa

y persona, como es calzar y vestir, y hacer una casa, y sembrar y coger, y hacer los aparejos y herramientas necesarios para ello. Y cuasi en esto imitan los indios a los institutos de los monjes antiguos, que refieren las vidas de los padres.

y lo aprobaba:³⁰

dijéramos que era vida de gran perfección, y no deja de tener harto aparejo para recibir la doctrina del santo Evangelio, que tan enemiga es de la soberbia y codicia y regalo.

A estos textos que acabamos de revisar, cuyo contenido no deja lugar a dudas, debemos añadir ahora la condición de Acosta, igualmente in contradictoria, de jesuita, posiblemente aun en exceso —si así entendemos su fracaso político en el Perú. Que las misiones jesuitas hicieron todo lo posible para implantar teocracias entre sus prosélitos en el Nuevo Mundo, no es noticia reciente. El ejemplo clásico y más dramático ocurrió en las Siete Misiones del Brasil y Paraguay, donde los guaraníes recién evangelizados formaron una sociedad agrícola comunista, de rígida estructuración social, y mandada por los padres, fuente última de autoridad. Recuérdense que este ensayo, visto como usurpación del poder de la corona, tuvo que ver con la expulsión de la Compañía de todos los territorios de Portugal en el siglo xviii, y llevó a una guerra que costó miles de vidas.

La conclusión se desprende de los hechos. Acosta aceptaba como ideal político la teocracia comunista cristiana preferida de su orden, y así lo indicó claramente en su obra. Podemos postular que el establecimiento de esta utopía era, para nuestro autor, el objetivo final, en la tierra, de la sociedad cristiana de indios.

III

DESPUÉS DE HABERNOS ocupado en detalle de los fundamentos de la visión historiográfica de Acosta, es interesante indagar en seguida cómo conoce nuestro historiador, cuáles materiales y fuentes utiliza y de qué manera.

Acosta, de hecho, frecuentemente apela a la evidencia de los sentidos, al sentido común y a su propia lógica para demostrar algún error, imaginado o real, de los antiguos —en especial si el error le parece enorme y el punto teológico involucrado es de importancia menor. Pero lo hace casi siempre tímidamente: "... no me determino a contradecir a Aristóteles sino en cosa

muy cierta y con grandes disculpas cuando se trata de un patriarca de la Santa Iglesia"; o bien "... Porque no se trata qué es lo que pudo hacer Dios, sino qué es conforme a razón y al orden y estilo de las cosas humanas".³¹

No cabe duda, sin embargo, de que la fuente soberana del conocimiento para Acosta —histórico y no histórico— es la palabra divina, la revelación. En términos prácticos, esto quiere decir la Sagrada Escritura, más Aristóteles, debidamente anotados y comentados por los patriarcas y doctores que vinieran al caso; es decir, la versión aprobada por la autoridad. Para nuestro autor, conocer quiere decir relacionar una realidad con la teología cristiana, con la revelación: sólo entonces adquiere un fenómeno realidad y se conoce de verdad. No fue otra, recordemos, la labor de Acosta en su crónica de Indias: producir una versión aprobada (por el rey Felipe II, por el provincial jesuita Gonzalo Dávila, por la Inquisición, y por el público lector de varios países) de la verdadera realidad de América y así resolver dentro de su sistema la crisis del conocimiento que el descubrimiento efectivo del Nuevo Mundo había ocasionado en el seno de la comunidad intelectual cristiana tradicional. Y no es otra la razón por la que sueña nuestro autor, en su afán de buscar precedentes teológicos y citas sagradas que legitimicen sus observaciones, más como abogado que como lo que ahora consideramos un hombre de ciencia.

La autoridad a la que con mayor frecuencia ocurre Acosta es, en materia sacra, desde luego la Santa Biblia (ambos testamentos, versión católica) y lo hace con gran naturalidad, sin forzar el sentido de sus citas, sin aparentes descuidos en la transcripción, con inmejorable pertinencia y admirable imaginación, dejando al lector la grata impresión que conoce a fondo su fuente principal. Agustín es el autor santo preferido de Acosta, y lo sabe usar también con discreción y efecto.

Desgraciadamente no puede decirse lo mismo de la manera como se sirve de los clásicos que constituyeron la autoridad en materia profana durante la Edad Media. Acosta da muestras de haber conocido a fondo, algunas en su lengua original, a las obras de Plinio (el Mayor), Aristóteles, Herodoto, Platón, y aun a las de autores como Tolomeo y Estrabón, de poca importancia teológica. Pero aquí (podemos pensar que por razones de fe y de doctrina) Acosta desvirtúa a sus fuentes, sutilmente a veces y a veces burdamente, pero siempre de manera consciente y premeditada en favor de su argumento.

Veamos un ejemplo de Plinio y Aristóteles. Según Acosta, el gran naturalista romano del principio de nuestra era mantenía

que la vida no era posible entre los trópicos, y que en esta opinión secundaba a la del gran filósofo griego antecesor suyo. Dice nuestro autor:³²

La razón que daban, de ser esta Zona Tórrida, inhabitable, era el ardor del sol, que siempre anda encima tan cercano y abrasa toda aquella región, y por consiguiente, la hace falta de aguas y pastos.

Y un poco adelante toma la molestia de traducir, correctamente, el bien conocido pasaje pertinente de la *Historia Natural*,³³ donde el naturalista declara, además, que las dos zonas templadas del mundo no pueden comunicarse.

Eso no obstante, para quien quiera consultar a Plinio con cuidado, queda evidente que Acosta lo ha citado fuera de su contexto general; que lo más de que se puede acusar el naturalista es de exageración metafórica, de retórica. Plinio sabe que sí se puede atravesar el ecuador:³⁴

De Cádiz y los Pilares de Hércules se navega hoy día por todo el océano occidental... Hannon, en la época del mayor poderío de Cartago, circunnavegó a África, de Cádiz hasta Arabia, y escribió un relato de este viaje.

Sabe, además, que la zona ecuatorial está habitada por seres humanos, tanto en África como en el sureste de Asia.³⁵

También en Siena, situada cinco mil estadios río arriba de Alejandría, no hay sombra al medio día en el día del solsticio... Onesicrito declara que esto también se observa en la India, más allá del río Hipaso... Cinco mil estadios río arriba de Siena, en Meroé, que es una isla del Nilo y la capital de los Etiopes, la sombra desaparece dos veces... En el país de los Oretas, en la India, el monte Maleo tiene su sombra al sur durante el verano y al norte durante el invierno... A la altura de Meroé, el pasto se torna más verde, hay algunos bosques; se notan trazas de rinocerontes y elefantes.

Y sabe que los hombres y los animales de las tierras tórridas de África no son como los de Europa.³⁶

...Etiopes... de tez quemada, barbada y cabello rizado... Aquí encontrarás animales monstruosos... cuerpos gigantescos.

Atribuir esa idea a Aristóteles tampoco es estrictamente correcto. No es lo mismo ignorar una cosa que negar su existencia.

Si nos tomamos la molestia de leer el texto del Filósofo vemos que en ninguna parte de su obra referida y traducida por Acosta³⁷ está dicho que la vida sea imposible entre los trópicos o que la zona ecuatorial sea infranqueable. Lo que sí dice el texto es que, hasta donde Aristóteles tiene noticia cierta que se haya explorado por hombres de la cuenca mediterránea, la tierra habitada se limita, al norte, por los hielos eternos, y al sur por los grandes desiertos. No es lo mismo: condición y posibilidad son cosas muy distintas. Aristóteles claramente se refería a su mundo, y además estaba hablando en términos muy generales; y no iba muy lejos de la verdad, si entendemos sus aseveraciones dentro de sus límites reales.

El caso de Herodoto también es demostrativo; Acosta no lo cita en referencia a la discusión sobre que el Nuevo Mundo no podía ser del conocimiento de los antiguos porque éstos no sabían marear en océano. De hecho, su alusión a Herodoto no tiene nada que ver con las navegaciones antiguas, sino con la construcción de un canal entre el Mar Rojo y el Nilo:³⁸

A esta plática no falta quien diga que sería anegar la tierra, porque quieren decir que el un mar está más bajo que el otro, como en tiempos pasados se halla por las historias haberse dejado de continuar por la misma consideración el Mar Rojo con el Nilo, en tiempo del rey Sesostris.

Acosta se opone terminantemente a la construcción de un canal en el Istmo de Panamá porque

sería a mi parecer muy justo temer del castigo del cielo, querer enmendar las obras que el Hacedor, con sumo acuerdo y providencia, ordenó en la fábrica de este Universo.

Por último, Platón, otro de los clásicos citados con bastante frecuencia por Acosta, sufre desvirtuaciones similares. Su *Timeo* se encuentra aludido dos veces, haciendo burla de lo que al jesuita parecen errores ridículos, y contradiciendo su idea de la Atlántida (para lo que cita, por cierto erradamente, el famoso diálogo sin dar su referencia).

En fin, debemos insistir en que Acosta carecía totalmente de esa modalidad de pensamiento moderno empírico (científico), que se va estableciendo cada vez más firmemente en el Renacimiento y es ya un hecho a partir de Descartes, cuyos puntos principales son la observación controlada, la descripción medida y la explicación por regularidades matemáticas, aplicadas al es-

tudio de un fenómeno natural. Casi medio siglo después de la aparición de *De revolutionibus orbium coelestium* nuestro jesuita se desentiende totalmente de la teoría copernicana que tanto le habría ayudado a comprender fenómenos para los que necesita construir teorías complicadísimas (v. gr. la de los vientos) y alambicadas. La explicación científica-matemática le es totalmente ajena, y así, al referirse a “lo que se dice de la Tórrida-zona”, puede escribir:³⁹

... siendo así que en las causas naturales y físicas no se ha de pedir regla infalible y matemática, sino que lo ordinario y muy común eso es lo que hace regla...

IV

EN CONCLUSIÓN, Acosta es un historiador estrechamente ligado a la escolástica medieval cristiana, y en su intento de escribir una crónica de Indias según los principios de dicha filosofía historiográfica, logró su propósito admirablemente, aunque no haya sido el primero en realizar tal tarea.⁴⁰ Conceptualmente obró con profundo conocimiento de causa; en la ejecución mostró ingenio, mesura, y felicidad de expresión. Y es esta fidelidad total a su tradición justamente lo que otorga a Acosta su lugar privilegiado entre los cronistas menores de Indias: como historiador, por su seriedad teórica; como testigo histórico, por su sinceridad.

La visión histórica de Acosta es altamente subjetiva, ciertamente; pero la subjetividad es una propiedad *sine qua non* de toda forma de pensar y saber, y más en la historia, en donde el sujeto que estudia es el mismo sujeto estudiado. La subjetividad de Acosta es enteramente inteligible dentro de su *Weltanschauung* cristiana. Sus pequeñas distorsiones de ciertos hechos (conforme nosotros los conocemos ahora, cuatro siglos después) son perfectamente comprensibles —hasta previsibles— si partimos de las mismas premisas que nuestro autor; y nunca se salen de los límites generalmente admitidos de variabilidad personal entre observadores y relatores distintos con el mismo inventario cultural.

¿Podemos reclamar para nuestro autor originalidad definitiva, imaginación, genio? Desgraciadamente no todos los soldados son héroes, no todos los cristianos son santos, no todos los hombres de ideas son genios. Acosta dista mucho de ser un innovador intelectual. Al contrario: hemos visto que nuestro autor,

tanto en su vida como en su obra, permanecía ligado a muy viejas tradiciones filosóficas. De todos modos, para el historiólogo más vale la palabra de un testigo mediocre que el silencio eterno de mil Servetos.

Racionalidad, sinceridad, y consistencia de puntos de vista son sus cualidades como historiador. Y cabe considerar que Acosta, aun en su actitud conformista, nos ha legado mucho más. Al antropólogo en especial le interesa su defensa de la unidad del hombre y de la unidad de la historia bajo el palio de un solo Dios y su Iglesia, por el paralelismo conceptual que este punto de vista ideológico milenario presenta en relación con el moderno de la unidad antropológica del hombre, en términos culturales. De esta nueva idea, Acosta podrá llamarse, con toda justificación, uno de los precursores más consistentes y más atra-yentes, no fuera más que por haber renovado, frente al problema que planteaba la comprensión del nuevo mundo, las viejas tesis que lo sustentan.

NOTAS

¹ J. R. CARRACIDO: *El P. José de Acosta y su importancia en la literatura científica española*. Madrid, Salvat, 1899; L. LOPETEGUI: *El P. José de Acosta, S. I. y las misiones*. Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica, 1942.

² José de ACOSTA: *Historia natural y moral de las Indias* (Edición preparada por Edmundo O'Gorman). México, FCE, 1962. Todas las referencias al texto en este artículo provienen de esta edición. Algunos de los conceptos vertidos en el Prólogo del editor, y algunos datos contenidos en sus tres apéndices, facilitaron en mucho el desarrollo del análisis historiológico que sigue.

³ *Ibid.*, pp. 373-376.

⁴ *Ibid.*, p. 52.

⁵ *Ibid.*, p. 53.

⁶ *Ibid.*, p. 370.

⁷ *Ibid.*, p. 371.

⁸ *Ibid.*, p. 373.

⁹ *Ibid.*, p. 359.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 231 y 236.

¹¹ *Ibid.*, p. 264.

¹² *Ibid.*, p. 90.

¹³ *Ibid.*, p. 216. Sin embargo (*Ibid.*, p. 218), Acosta también es capaz de decir: "Mas en fin, ya que la idolatría fue extirpada de la mejor y más noble parte del mundo, retiróse a lo más apartado, y reinó en esta otra

parte del mundo, que aunque en nobleza muy inferior, en grandeza y anchura no lo es."

¹⁴ *Ibid.*, pp. 29 y 248.

¹⁵ *Ibid.*, p. 219.

¹⁶ *Ibid.*, p. 254.

¹⁷ *Ibid.*, p. 259.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 266-267.

¹⁹ *Ibid.*, p. 280.

²⁰ *Ibid.*, p. 291-292.

²¹ *Ibid.*, p. 301.

²² *Ibid.*, p. 304.

²³ *Ibid.*, p. 375. Sin embargo, aunque la simpatía de Acosta lo sitúa francamente del lado de los indios, dista mucho de ponerlo en contra de los suyos (*Ibid.*, p. 373): "es bien que no se condenen tan absolutamente todas las cosas de los primeros conquistadores de las Indias, como algunos letrados y religiosos han hecho, con buen celo sin duda, pero demasiado. Porque aunque por la mayor parte fueron hombres cudiciosos y ásperos, y muy ignorantes del modo de proceder, que se había de tener entre infieles, que jamás habían ofendido a los cristianos, pero tampoco se puede negar que de parte de los infieles hubo muchas maldades contra Dios y contra los nuestros, que les obligaron a usar de rigor y castigo. Y lo que es más, el Señor de todos, aunque los fieles fueron pecadores, quiso favorecer su causa y partido para bien de los mismos infieles que habían de convertirse después por esa ocasión al Santo Evangelio; porque los caminos de Dios son altos, y sus trazas, maravillosas".

²⁴ *Ibid.*, p. 215.

²⁵ *Ibid.*, pp. 305 y 323. No hemos olvidado el evolucionismo sociopolítico invocado por Acosta en dos ocasiones distintas, según el cual los indios pasaron por tres estadios: primero, "cuasi como fieras sin casa, ni techo ni sementera, ni ganado ni rey, ni ley ni Dios ni razón"; luego, "por industria y saber de algunos principales... comunidades behetrías... introdujeron orden y pulcía y modo de república"; y finalmente "hombres que tuvieron más brío y maña... se dieron a oprimir y a sujetar los menos poderosos, hasta hacer reinos e imperios grandes." Consideramos, sin embargo, que esta especulación se aplica no a lo propiamente histórico en el esquema medieval cristiano, sino a su prehistoria, es decir a los tiempos anteriores a Cristo. El referido evolucionismo no excluye, tampoco, la metafísica providencialista o los milagros.

²⁶ *Ibid.*, p. 136.

²⁷ *Ibid.*, pp. 299 y 296.

²⁸ *Ibid.*, p. 296.

²⁹ *Ibid.*, p. 301.

³⁰ *Ibid.*, p. 302.

³¹ *Ibid.*, pp. 82, 29, 46.

³² *Ibid.*, p. 31.

³³ *Ibid.*, p. 34. A. de GRANDSAGNE (tr.): *Histoire naturelle de Pline*. París, Panckoucke, 1829; tomo II: pp. 153-155 (Libro II, capítulo 68).

³⁴ A. de GRANDSAGNE (tr.): *op. cit.*, tomo II, p. 149 (Libro II, capítulo 67).

³⁵ *Ibid.*, pp. 165-167. (Libro II, capítulo 73). *Ibid.*, tomo V, p. 139 (Libro VI, capítulo 29).

³⁶ *Ibid.*, tomo II, p. 171. (Libro II, capítulo 78).

³⁷ ACOSTA: *op. cit.*, pp. 31-33. ARISTÓTELES: *Meteorología*, Libro II, capítulo 5.

³⁸ ACOSTA: *op. cit.*, p. 108.

³⁹ ACOSTA: *op. cit.*, p. 75.

⁴⁰ Por ejemplo FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA en su *Historia General de las Indias*, Madrid, 1852 (Biblioteca de autores españoles, XXII).